

La literatura hispanofilipina

Allende los mares pacíficos por cuatro centurias brotó y creció la literatura hispanofilipina que completa el cuadro de las literaturas hispanas. Esta literatura, de carácter lingüístico y religioso al principio como su hermana hispanoamericana, andando el tiempo maduró y tituló en la constelación luminosa de las letras hispanas.

Ofrece la literatura hispanofilipina algunas joyas literarias que igualan, sino superan, las mejores obras hispanas. En el campo novelesco se destacan el «Noli me tângere» (No me toques) de José Rizal, héroe de la independencia filipina. Esta obra maestra de la literatura hispanofilipina fue la biblia del laborantismo filipino que anticipó los movimientos laborantistas de Asia y Africa. A Rizal se debe también la poesía cumbre de la literatura hispanofilipina, su «Ultimo adiós», escrita en una celda poco antes del fusilamiento del prohombre poeta. Su oda, «A la juventud filipina», publicada en 1879, la primera obra hispanofilipina de realce, marca el nacimiento de la verdadera literatura filipina en español. El año siguiente apareció la primera obra dramática hispanofilipina de méritos. «El Consejo de los dioses» de Rizal, el patriarca de la literatura hispanofilipina que cultivó todos los géneros literarios: la novela, la poesía, el ensayo, el teatro, el cuento, la historia, la biografía y autobiografía, el diario y epistolario.

En el firmamento de las letras hispanofilipinas lucen como

estrellas de primera magnitud el antedicho Rizal; Cecilio Apóstol, autor del libro dorado de poesías «Pentélicas»; Fernando Ma. Guerrero, el príncipe de la poesía lírica hispanofilipina y autor de otro libro de oro «Crisálidas», su colección de poesías; Jesús Balmori, el príncipe de la sátira hispanofilipina y autor de «El libro de mis vidas manileñas», colección de sus poesías satíricas y humorísticas; Manuel Bernabé, el poeta laureado nacional hispanofilipino, cuyas mejores poesías están recopiladas en su «Perfil de cresta»; Claro M. Recto, autor del mejor drama hispanofilipino, «Sólo entre las sombras» y del libro de poesías «Bajo los cocoteros»; Rafael Palma, el mejor prosista y biógrafo hispanofilipino cuya obra maestra es la biografía «Apolinario Mabini», el cerebro de la revolución filipina; Enrique Laygo, el mejor cuentista hispanofilipino, autor de «Caretas», colección de sus cuentos; Apolinario Mabini, autor de la mejor historia hispanofilipina. «La revolución filipina»; y Graciano López Jaena, el más elocuente orador hispanofilipino y la lengua del laborantismo filipino cuyas obras se recopilan en su «Discursos y artículos varios».

La literatura hispanofilipina es una parte integral de las literaturas hispanas y filipina. Con las literaturas tagala y anglofilipina completa el cuadro de la literatura filipina y con las literaturas españolas e hispanoamericana, el de las literaturas hispánicas.

Filipinas es el único representante de Asia al mundo hispánico, representado en Africa por Marruecos, en Europa por España, en Norteamérica por Méjico, en las Antillas por Cuba, la República Dominicana y Puerto Rico, en Centroamérica por Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá y El Salvador, y en Sudamérica por Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela.

I. Período hispano (1565-1872)

El pueblo filipino se incorporó en el mundo hispánico en 1565 durante la colonización e hispanización de las islas por

España. Bajo España el pueblo filipino progresó culturalmente. El contacto con la civilización española enriqueció la literatura filipina. En el progreso cultural de los filipinos, los misioneros españoles desempeñaron un gran papel. Sembraron las primeras semillas de la civilización occidental y contribuyeron al desarrollo de la cultura hispanofilipina.

Los filipinos adoptaron el alfabeto latino, introducido por los misioneros españoles. Descartaron su antigua escritura malaya tanto que la olvidaron andando el tiempo. Con el alfabeto latino vino la lengua española.

El alfabeto latino y la lengua española acercaron a los filipinos a Europa. Por medio de estos vehículos culturales fueron habilitados a entender el Occidente, a sondear la literatura occidental y a aprender las doctrinas de los sabios occidentales.

La primera imprenta de Filipinas se estableció por los dominicos en Manila en 1593, cuarenta y seis años antes del establecimiento de la primera imprenta en los Estados Unidos. En la actualidad es la imprenta de la Universidad de Santo Tomás en Manila. Es una de las imprentas más antiguas del mundo.

El primer periódico de Filipinas fue *Del Superior Gobierno* que apareció por primera vez en Manila el 8 de agosto de 1811. Existió sólo por seis meses. Surgieron más periódicos, entre los cuales, *La Esperanza* (1846), el primer diario de Filipinas; *El Diario de Manila* (1848), el diario más popular en Filipinas durante el régimen español; *La Ilustración Filipina* (1859), el primer periódico hispanofilipino ilustrado con grabados; *La Opinión* (1887), el primer periódico político de Filipinas; y *El Hogar* 1893), el primer periódico femenino hispanofilipino.

El periodismo hispanofilipino ha sobrevivido hasta el presente. El primer periódico hispanofilipino que reconoció la soberanía americana en Filipinas fue *La Democracia*, fundada por el erudito Trinidad H. Pardo de Tavera el 16 de mayo de 1899. En el mismo año aparecieron *El Grito del Pueblo*, fundado por el literato Pascual H. Poblete, y *El Filipino Libre*, fundado por el médico Manuel X. Burgos. En 1900 Sergio Osmeña, que fue el primer presidente de Filipinas después de la segunda guerra

mundial, fundó el *Nuevo Día* en la ciudad de Cebú, la primera colonia española en Filipinas. El siguiente año (1 de septiembre de 1901) nació *El Renacimiento* con Rafael Palma como director. El 1 de abril de 1902 apareció *El Mercantil*, fundado y dirigido por José Ma. Romero. En 1910 apareció *El Ideal*, dirigido por Arsenio N. Luz, y *La Vanguardia*, fundada por Martín Ocampo para continuar la tarea del difunto *Renacimiento*. En 1916 *La Vanguardia* se adquirió por Alejandro Roces y existió como el diario hispanofilipino de más influjo.

Otros periódicos hispanofilipinos durante el régimen americano fueron *La Consolación Nacional*, 1913; *El Tiempo*, Iloílo, 1900; *Nuevo Herald*, Iloílo, 1904; *La Revolución*, Cebú, 1910; *Restauración*, Bacolod, 1914; *El Pueblo*, Zamboanga, 1915; y *El Liberal*, Tacloban, 1920. En la actualidad existen el diario *El Debate*, Manila, y los semanales *Nueva Era* y *Ahora*, ambos de Manila.

El teatro desempeñó un papel importante en la vida cultural de Filipinas hispana. La primera representación teatral en Filipinas se celebró en Cebú en 1598 con ocasión de la llegada del obispo Pedro de Agurto.

La primera obra dramática representada en Filipinas es una comedia escrita por un jesuita durante su travesía de Manila a la ciudad de Cebú en 1598. La comedia se estrenó en la catedral de Cebú. Los estudiantes de la escuela elemental de los jesuitas en Cebú representaron la comedia latinoespañola en prosa y poesía escrita por el P. Francisco Vicente Puche.

En 1637 se representó en Manila la primera comedia con asunto filipino, de la toma del pueblo de Corralat y conquista del cerro, del jesuita P. Jerónimo Pérez. Los actores eran alumnos del Colegio de San José, Manila.

Con motivo de la beatificación del Papa Pío V, Diego de Bebaña, y Margarita de Castello, en el convento de Santo Domingo en Intramuros, Manila, se representaron dos comedias; «El gobierno del Santo Pío V» y «Las virtudes de la Rosa», de un dominico, en 1676. Son las primeras comedias impresas en Filipinas juntamente con otra, «Los albores de la Rosa», del mis-

mo autor. «El gobierno del Santo Pío V» fue representado con éxito por los alumnos del Colegio de Santo Tomás, Manila. Los alumnos del Colegio de San Juan de Letrán, Manila, representaron «Las virtudes de la Rosa».

El 10 de diciembre de 1846 se estrenó la comedia en dos actos y en verso, «La agencia matrimonial», de Manuel Rancés Hidalgo, médico, del Ejército que pocos años antes había pasado de España a Manila, donde murió a principios del 1846, a los 35 años. Es la primera comedia, de estilo moderno, escrita en Manila. La terminó José María Birotteau, médico de la Armada, que había encontrado el primer acto de la comedia entre las poesías inéditas de Manuel Rancés Hidalgo. Birotteau la concluyó, añadiendo un acto.

El 19 de junio de 1880 se estrenó en el Teatro de Quiapo, Manila, la comedia de costumbres manileñas, «José el carpintero», de Juan Zulueta de los Angeles, filipino de origen español, el primer filipino que escribió una comedia de costumbres en español. «José el carpintero», comedia en un acto y en verso, trata de un cuadro de costumbres filipinas cuya acción ocurre en Binondo, Manila. Critica algunas costumbres en boga entonces en el país. Refleja el sistema de recomendación que prevalecía en la administración del estado, haciendo aparecer al chino que aprovechándose de la influencia de un padrino alcalde, consigue vengarse logrando un auto de prisión contra el tío de la joven que pretendía y por la cual fue calabaceado.

Ninguna fiesta pueblerina fue completa durante la dominación española en Filipinas sin la representación de una comedia o zarzuela. Un historiador español confirma que los filipinos representan autos y comedias en español y en su lengua con buena gracia. Según la información de un religioso antiguo de Filipinas a un amigo de España, que le preguntó del natural de Filipinas y del genio de éste, tienen los filipinos particular propensión a comedias y farándulas.

El primer teatro en Filipinas —el Teatro Cómico— apareció hacia fines del siglo XVIII en Intramuros, Manila. Durante el siglo XIX se levantaron más teatros en Manila. Primero eran

primitivos. Durante la segunda mitad del siglo XIX eran más costosos y lujosos y de materiales fuertes.

El Teatro de Binondo, Manila (1846-1863) es el primer teatro formal y a la moderna en Filipinas construido por Manuel Ponce de León, abogado, y por José Bosch, ingeniero y comerciante. Otros teatros de Filipinas son el Teatro de Arroceros, Manila, construido a principios del siglo XIX, de caña y nipa que duró pocos años y en donde se representaron obras dramáticas en tagalo y español; el Teatro de Quiapo, Manila, que se levantó en 1852; el Teatro del Príncipe Alfonso, Manila (1862-1879) o Teatro Español (1879-1888), construido por la sociedad Teatro del Príncipe Alfonso que contaba con 41.300 pesos para levantarlo; el Teatro-circo de Bilíbid, Manila, construido en el siglo XIX por Quesada, regidor del Ayuntamiento de Manila, para juegos de toro, y al transformarse en teatro, fue propiedad de Francisco Martínez; el Teatro Filipino, construido por Ramón Mulet en 1881 en la calle de San Roque esquina a la de Echagüe en Quiapo, Manila; el Teatro de Variedades, conocido en 1881 con el nombre de Coliseo Artístico cuando acudió a él la buena sociedad al abrir sus puertas, y destruido por una tormenta furiosa por la mañana del 21 de octubre de 1882; el Teatro del Príncipe, construido en la calle del Príncipe en las proximidades del muelle de San Nicolás, Manila, por Juan Barbero, actor y director de escena, hacia 1885; el Teatro Zorrilla, propiedad de Ramón y Valeriano Santos, Andrés Frois y Federico Fernández Ortiz, inaugurado el 17 de agosto de 1892, con más de 400 butacas, 48 palcos, 4 proscenios, y una entrada general en que cabían holgadamente más de 900 personas; el Teatro de Iloilo que apareció en 1892; el Teatro Libertad, fundado por el chino Sy Chui-Chin en 1898 en el sitio donde arranca hoy la calle de Oroquieta, Manila; el Teatro Paz, levantado en el siglo XX en la calle de Poblote, Manila; el Teatro de la Comedia, también levantado en el siglo XX; y el Manila Grand Opera House, antes el Teatro Nacional, construido en el siglo XX.

La primera sociedad dramática en Filipinas es la Sociedad de Recreo, inaugurada el 31 de octubre de 1844 con el apoyo del gobernador general Narciso Clavería y Zaldúa. Es el primer casino en Manila que tuvo un caserón en la calle de Anda en

Intramuros y donde tuvo arranque el Renacimiento del teatro hispanofilipino.

Otras sociedades dramáticas hispanofilipinas son la España, fundada en el siglo XIX, casi toda compuesta de militares y empleados; La Confianza, también del siglo XIX, formada en una reunión de jóvenes aficionados a la música que empezaron por formar una orquestita y después una pequeña sección dramática, constituida en casino que se instaló en una casa grande de la plaza de Santa Cruz, ahora de Goiti, Manila, y cayó cuando empezaron los grandes bailes; el Liceo Artístico Literario de Manila, del siglo XIX, cuyos fines eran el establecer cátedras de literatura, de dramática, de música y de artes del diseño; al cabo de pocos meses, comenzó a decaer su vida, y en 1883 acabó por disolver por falta de fondos; el Casino Español, fundado en Manila en 1888 u 89; inauguró sus funciones dramático-literarias en el palacio de la familia de los Casales en la calle de Anda, Manila; Talía, creada por los aficionados al teatro, autores y actores, que se agruparon hacia 1911; Los XX, dirigido por el Dr. Manuel Sabater; y El Círculo Escénico, fundado en Bacolor, Pampanga en 1923. De Pampanga se trasladó a Manila, presentándose por primera vez ante el público manileño en 1929.

II. Período de laborantista (1872-1896)

La entrada de ideas liberales desde el extranjero, la revolución española de 1868, la apertura del canal de Suez en 1869 y el martirio de los sacerdotes filipinos Mariano Gómez, José Burgos y Jacinto Zamora son los factores que parieron al nacionalismo filipino. Encendieron en los corazones filipinos las crispas nacientes de nacionalidad, el sentido de una nación con sangre y raza comunes, costumbres y tradiciones comunes, historia y destino comunes y agravios y aspiraciones comunes.

El martirio de los padres Gómez, Burgos y Zamora en 1872 señaló al pueblo filipino los males existentes del sistema colonial español e inspiró a sus ilustrados y patriotas a lanzar una

cruzada pacífica de reformas, conocida como el movimiento propagandista. Los funcionarios y frailes españoles creyeron que por haber ejecutado a los tres sacerdotes patriotas el flujo de inquietud bajaría sin ruido en el país. Hubo tranquilidad por una década después de 1872, pero fué sólo otro caso de un momento de calma, presagio de tempestad. Pues bajo la aparentemente plácida superficie de cosas bullían las fuerzas volcánicas de un cataclismo nacional.

El crepúsculo del siglo XIX vio la caída de España, en un tiempo la orgullosa dueña del mundo. Su decadencia como poder político se reflejó en su sistema colonial en Filipinas. No hubo estabilidad en el gobierno filipino a causa de la inestabilidad de la política española. De 1834 a 1862 España ha tenido cuatro constituciones, 28 parlamentos y 529 ministros con carteras. Durante los siguientes veinte años con otras revoluciones y una república los cambios fueron más frecuentes aún. Así de 1835 a 1897 Filipinas se gobernó por cincuenta gobernadores generales españoles, cada cual sirviendo como promedio un año y tres meses.

Los filipinos no tenían voz en el gobierno español. Su representación en las Cortes de que gozaron de 1810 a 1837 nunca se restauró. Por regla general los filipinos no fueron nombrados a altos puestos del gobierno.

La política colonial de España fue bien intencionada como lo demostraron sus leyes y decretos benévolos. Desgraciadamente estas leyes y decretos raramente se observaron por los funcionarios coloniales que cometieron abusos en Filipinas sin el conocimiento del rey.

Después de 1872 se empeoraron las condiciones en Filipinas. La deportación de los caudillos filipinos a las colonias penales españolas, la persecución de los ilustrados y los abusos de los amos españoles continuaron no disminuídos. El pueblo filipino gimió infelizmente bajo el yugo del desgobierno español.

Los expatriados filipinos en 1872 y varios estudiantes patrióticos en el extranjero se encontraron en Hong Kong, Singapur, Barcelona, Madrid, París, Londres y otras ciudades extran-

jezas. Inspirados por una causa común se unieron y se consagraron al sublime ideal de trabajar por el bien y dicha de su patria. Agresiva pero pacíficamente, por medio de la pluma y la lengua hicieron una campaña por reformas para rectificar los males del sistema colonial español. Esta campaña pacífica por reformas se conoce en la historia de Filipinas como el movimiento propagandista. Empezó en 1872 con la ejecución de los padres filipinos Gómez, Burgos y Zamora en la Luneta, y terminó en 1892 con el destierro de Rizal a Dapitan, Zamboanga del Norte, Filipinas.

La propaganda filipina no fue de carácter revolucionario o sedicioso. Los hombres que la dirigieron fueron leales a España; sólo pidieron reformas, no la independencia. Las reformas que pidieron y que fueron los propósitos de la propaganda eran: 1) igualdad de filipinos y españoles ante la Ley, 2) asimilación de Filipinas como una provincia regular de España 3) restauración de la representación filipina en las Cortes española, 4) filipinización de las parroquias de Filipinas, 5) libertades individuales para los filipinos, como la libertad de la palabra, libertad de la prensa y libertad de asociación.

Los propagandistas eran jóvenes filipinos que representaban la flor y nata de la intelectualidad filipina. Eran en su mayor parte universitarios y graduados que pertenecían a familias cultas y patrióticas.

El órgano de la propaganda filipina fue el quincenario *La Solidaridad*, fundado por López Jaena, su primer director. Su primer número apareció en Barcelona el 15 de febrero de 1889. Los objetivos del periódico eran: 1) trabajar pacíficamente por reformas políticas y sociales, 2) pintar las condiciones funestas de Filipinas para que España las remedie, 3) combatir las malas influencias del medievalismo, 4) abogar por ideas liberales y progreso, y 5) abogar por las aspiraciones legítimas de los filipinos a la vida, democracia y dicha.

El periódico se imprimió en Barcelona del 15 de febrero al 31 de octubre de 1889. Comenzando con el número del 15 de noviembre de 1889 se publicó en Madrid. En el número del 15

de diciembre de 1889 se anunció que Marcelo H. del Pilar era el nuevo director, sucesor de López Jaena.

La Solidaridad abogó hábilmente por la causa filipina en España. Desafortunadamente cesó de publicarse por falta de fondos el 15 de noviembre de 1895.

El movimiento propagandista consiguió algunas reformas: 1) la abolición del monopolio de tabaco en 1882 en virtud del decreto del 25 de junio de 1881, 2) la reforma de tributo de 1884 que deroga el odiado tributo y su sustitución por la cédula personal, 3) la reforma provincial de 1886 que crea el cargo de gobernadores civiles para las provincias regulares, 4) el decreto de 1887 que extiende el código penal español a Filipinas, 5) el decreto de 1889 que aplica el código civil y código comercial de España a Filipinas, 6) la ley Becerra de 1889 que establece gobiernos urbanos en Cebú, Eoloilo, Jaro, Batangas, Albay, Nueva Cáceres (Nava) y Vigan, Filipinas, 7) la ley Maura de 1893 que introduce cierta autonomía en el gobierno municipal.

Estas reformas no satisficieron al pueblo filipino, porque no eran las que pedían. Tales reformas eran meramente medidas paliativas y por lo tanto impotentes para contener los abusos españoles.

La propaganda no logró las reformas necesarias. Sin embargo los propagandistas no trabajaron en vano. Sus escritos y sacrificios prepararon el terreno para la asociación secreta, el Katipunan, que a su vez tocó el grito de guerra de la revolución filipina.

Los propagandistas, poniéndose elocuentes en defensa de sus compatriotas oprimidos, se hicieron polemistas invictos. En las columnas de *La Solidaridad* y en otros periódicos de Madrid, así como en folletos, contestaron los escritos difamatorios de los enemigos y atacaron los abusos de las autoridades españolas en Filipinas.

Entre los laborantistas Rizal es sin par como poeta. Nació y murió poeta. La primera y la última obra que salieron de su pluma fueron poesías. A una edad temprana, a los ocho años,

compuso una poesía tagala, *Sa Aking mga Kabata* («A mis compañeros de niñez»), una exaltación de la lengua filipina. Poco antes de morir se despidió de su pueblo con una elegía, su última obra.

Los laborantistas filipinos también se aprovecharon de la sal mañosa de los ensayos y el poder impresionante de la oratoria. Antonio Luna se destacó en ensayos narrativos. En oratoria López Jaena a menudo prorrumpió en un arrebato de suprema inspiración. Fogoso, elocuente e ingenioso pudo influir en el ánimo de toda la concurrencia; y después de cada discurso suyo fue abrazado por los espectadores tanto filipinos como españoles. Es sin par en la oratoria hispanofilipina. Sus discursos fueron recopilados durante su vida en «Discursos y artículos varios» (1891). En toda su obra palpitan tres aspiraciones sublimes: un acendrado patriotismo, un amor inmenso a Filipinas; propósito, deseo vivísimo de mejorar su suerte, de ver brillar en sus horizontes el sol del progreso, de la libertad, del derecho; y empeño decidido de desenmascarar a sus opresores, a los causantes de sus inmensas desgracias.

El laborantismo señaló el florecimiento de la literatura hispanofilipina. Produjo la obra maestra de la literatura hispanofilipina: la novela «Noli me tângere» de Rizal. Esta novela publicada en Berlín en 1887, y la otra novela rizalina «El filibusterismo», publicada en Gante en 1891, son espléndidamente realistas en su exposición de las brutalidades despreciables del desgobernado español. Despertaron los sentimientos latentes del pueblo, pero al mismo tiempo suscitaron la ira vengativa de los corruptores funcionarios españoles.

Rizal se probó el mejor historiador entre los propagandistas. Su inteligencia prodigiosa, aguda facultad de análisis, energía incansable y conocimientos de varias lenguas le prepararon eminentemente para la historiografía científica. Pasó muchas semanas en el Museo Británico de Londres escudriñando las páginas de los «Sucesos de las Islas Filipinas» (Méjico, 1609) del Dr. Antonio de Morga y haciendo anotaciones copiosas. El resultado de esta peregrinación intelectual en Londres fue la publicación de una nueva y anotada edición del libro de

Morga en París, 1890. En este libro Rizal, usando la evidencia histórica, sacada la mayor parte de ella de fuentes españolas, comprobó que los filipinos ya eran civilizados cuando vinieron los españoles y que el contacto con la cultura española les había dado nueva religión, lengua, gobierno y costumbres; pero, a cambio de todas éstas, perdieron su dignidad y libertad como hombres y su virilidad e iniciativa que poseyeron sus antepasados. Por lo tanto urgió a sus compatriotas que leyesen su glorioso pasado a fin de que pudieran juzgar el presente y saber el probable futuro.

III. Período revolucionario (1896-1901)

Estimulados por el espíritu de la libertad los escritores filipinos dieron salida a su facultad intelectual y genio literario. Escribieron sobre la democracia, libertad, derechos del hombre, ideales nacionales; y cantaron de las hazañas heroicas de sus héroes bizarros.

El triunvirato de poetas laureados revolucionarios son José Palma (1876-1905), Fernando Ma. Guerrero (1878-1931) y Cecilio Apóstol (1877-1938). Escribieron en límpido y sonoro español se levantaron hombro a hombro con los titanes literarios de España. Palma, joven poeta soldado, compuso líricas exquisitas que hicieron eco al fervor patriótico y ardores románticos de su raza. Sus notables poesías, como «Mi caída», se recopilaron en el libro «Melancólicas» publicado en 1912.

Con Rizal y Fernando Ma. Guerrero, Cecilio Apóstol dio a las letras patrias en los últimos cinco lustros su más pura gloria y máximo esplendor, el poeta en quien se cumplió la más cabal y armónica integración de dotes del entendimiento, recia cultura, firme cimiento de humanidades y maestría de la lengua de Castilla. Todo es, en la obra total de Cecilio Apóstol, plenitud de concepto, ritmo, precisión y justeza en la vestidura verbal, pompa austera en las imágenes y tropos, propiedad y exactitud en el uso de los vocablos, rotundidad en los períodos.

Apóstol, clásico entre los clásicos, fue ultramoderno con los modernos. Un milagro de modernidad, y por su fondo, un cosmos de ideas es su poesía «Upon reading the Quatrains».

Fernando Ma. Guerrero fue un poeta de inimitable lirismo. Un amante apasionado y romántico de Filipinas, cantó de sus albas rosadas, crepúsculos encantadores, flores fragantes, mares soleados, valles verdosos y mujeres fascinantes. Fue el mayor lírico hispanofilipino. De sus notables poesías se puede mencionar la «Marcha fúnebre de Chopin» que figura en su volumen poético «Crisálidas» publicado en 1914.

El período revolucionario produjo la mejor historia hispanofilipina: «La revolución filipina», de Apolinario Mabini (1864-1903). Es una crítica sintética de la revolución filipina, algunos de cuyos capítulos han provocado interesantes y variados comentarios tanto en Filipinas como en Estados Unidos.

IV. Período contemporáneo (1901)

Los tres titanes poetas hispanofilipinos, José Palma, Fernando Ma. Guerrero y Cecilio Apóstol, sobrevivieron al período revolucionario y murieron durante el régimen americano. Cuando sus plumas cesaron de pulsar la lira, su genio poético tituló en Jesús Balmori (1886-1948), Manuel Bernabé (1890-1961) y Claro M. Recto (1890-1960).

A los quince años Balmori comenzó a escribir poesías. En 1908 ganó el primer, segundo y tercer premios en el certamen de *El Renacimiento* con su poesía «Gloria» y «otras dos». Esto suscitó una polémica en sonetos entre Balmori y Apóstol.

Al certamen de 1908 con ocasión de la celebración del «Día de Rizal» habían acudido los mejores poetas hispanofilipinos, entre ellos Apóstol y Bernabé. Poco después de la publicación del himno premiado, Apóstol bajo el seudónimo de «Aristarco» rompió el fuego en el semanario satírico *Lipang Kalabaw* con el remedo «Dardos en verso», desahogada parodia del himno,

en metro y gracejo del premiado, mas poniendo en la picota a cuantos actuaron en el himno.

En el diario *El Renacimiento* un sábado Balmori salta con el primer soneto de la polémica, «Noli me tângere», alusión aparentemente dirigida a Aristarco, que a la semana siguiente y en el mismo periódico se despacha con un soberbio ¡«Ave, Imperator»! Otra vez replica Balmori con «Vae Victis» puñalada florentina, a que Aristarco, en su propio rango y fina literatura, corresponde con «Stultitia Victrix», que ya denuncia un giro no agradable.

La polémica llegaba a una crudeza inquietante cuando Radamés (Guerrero) se propuso calmar las olas embravecidas con su armoniosa exhortación pacificadora: «Pax Vobiscum». «Aristipo» cuarteó con su «Ramo de Olivo» para dar por terminado el conflicto, que se cerró finalmente con «Post Litem», del propio Aristarco.

Balmori popularizó con Bernabé los llamados «balagtasan» o torneos poéticos. Entre los dos debatieron poéticamente sobre el «Hombre» y la «Mujer».

En 1939 España proclamó a Balmori poeta universal. El año siguiente su colección de poesías, «Mi casa de nipa», obtuvo el premio de poesía en el concurso nacional del Gobierno de la Mancomunidad Filipina. La Universidad de Santo Tomás, Manila, le coronó poeta laureado en 1943.

Humorista o más bien satírico la sátira se desprendía de las puntas de su pluma natural y espontáneamente. Mantuvo diariamente y por años en *La Vanguardia* sus celebradas «Vidas manileñas», recopiladas en «El libro de mis vidas manileñas», publicado en 1928. Cuando la segunda guerra mundial mató *La Vanguardia*, el genial Batikuling, seudónimo de Balmori, se refugió en *El Debate*, escribiendo también al día «Berzas y versos», del corte de «Vidas manileñas». En *La Voz de Manila* después de la guerra dejó oír «Mí voz», la voz del humorista de siempre.

Los años 1926-1936 fueron una dorada época en las letras hispanofilipinas, en que Balmori y Bernabé popularizaron los

repetidos «balagtasán» ante públicos inteligentes. Antes en certamen abierto Bernabé venció a sus émulos, con su soberbio epinicio «Zapote», y en el terreno religioso, con su notable himno al Corazón de Jesús, que contribuyó a su popular entronización. Estos y otros de su estro sólido macizo se hallan consignados en sus libros «Cantos del trópico» (1939) y «Perfil de cresta» (1957), que encierra lo mejor de su tesoro poético. En 1950 la Universidad de Santo Tomás le coronó poeta nacional.

Recto fue padre de la Ley Orgánica filipina, máxima figura de la intelectualidad filipina, ilustre jurista, poeta laureado, sagaz parlamentario y dramaturgo de distinción. Dos de sus poesías ganaron primeros premios: «El elogio del castellano» y «Alfonso XIII». En el segundo concurso sus rivales eran Balmori que ganó el segundo premio y Manuel Bernabé que obtuvo el tercer puesto.

También ganó dos primeros premios con sus obras dramáticas: «La ruta de Damasco» y «Solo entre las sombras», cuyo estilo y lenguaje son sublimes y que tienen sólidas ideas. En «Solo entre las sombras» Marina, cuya profesión es enfermera, cae por la seducción de su cuñado el médico Andrés, quien, so pretexto de no haber logrado fruto en su matrimonio, lo aseguró en Marina, mediante incestuoso adulterio. Un día Gabriela sorprende a su marido Andrés y a Marina en íntimo coloquio, y expira poco después. Andrés, ante el cadáver de Gabriela en la oscuridad de la noche, cierra el drama con estas palabras: «¡Qué solo, Dios mío, entre estas sombras!»

Rafael Palma (1874-1939) escribió la mejor biografía hispanofilipina: «Apolinario Mabini». En 1938 su «Biografía de Rizal» fue premiada por el Gobierno filipino. Director de la Academia Filipina correspondiente de la Española de la Lengua, gozó fama de ser uno de los mejores filósofos y más profundos pensadores filipinos del día.

La colección más notable de cuentos hispanofilipinos es «Caretas» (1931), de Enrique Laygo, ganador del premio Zobel en 1925. La característica de los cuentos de Laygo es la profundidad del análisis psicológico. Sus cuentos nos encan-

tan no sólo por su estilo propio, sobrio y brillante al mismo tiempo, sino también porque son jugosos de pasión y vida, con personajes vivos, llenos, de sortilegio encantador que emana de la realidad, arrancandos de un ambiente lugareño que vibra con un color local fuerte pero inteligente para todos. Todo el maderamen de la estructura que ha fabricado Laygo en sus cuentos es de la tierra filipina. Laygo en sus cuentos procura buscar el efecto en cuatro pinceladas gruesas. De sus cuentos sobresale por su tremendismo «Cuesta arriba».

La poesía hispanofilipina cuenta con otros poetas: Flavio Zaragoza Cano, galardonado en el concurso nacional de la Mancomunidad Filipina en 1940 por su epopeya «De Mactán a Tírad»; José Hernández Gavira (1897-1960), autor de los libros de poesías «De mi jardín sinfónico», «Mi copa bohemia» y «Mi bandera», poema de la victoria; Evangelina E. Guerrero (1904-1949) que recibió el Premio Zobel en 1939 por su volumen de versos «Kaleidoscopio espiritual»; Isidro Marfori cuya fama poética quedó establecida sólidamente con la publicación de dos colecciones de poesías: «Aromas de ensueño» en 1915 y «Cadencias» en 1917; Tirso de Irureta Goyena, de abolengo español, cuyas poesías se publicaron en dos tomos: «Rosas de pasión» y «Líneas finales»; Pacífico Victoriano (1886-1953) que publicó una colección de poesías: «Arias de primavera»; Ramón Escoda, galardonado con el Premio Zobel en 1936 por su prosa poética «El canto del solitario»; Benigno del Río, el literato hispanofilipino más fecundo actualmente, entre cuyas obras sobresalen su libro de versos «Yo aprendiz a poeta» (1954), su prosa poética «Tangencias» (1955) y su diario «Siete días en el infierno» (1945); Adelina Gurrea, cuyo libro de poesías «A lo largo del camino» (1954) fue galardonado con el Premio Zobel en 1955 y cuyo libro «Cuentos de Juana» obtuvo en 1951 el primer premio de literatura en el concurso de la Unión Latina de París; Bernardo P. García cuyas poesías se publicaron en un volumen «Al pie de Mayón» en 1963.

Otros distinguidos literatos hispanofilipinos contemporáneos son: Jaime C. de Veyra, secretario que fue de la Acade-

mia Filipina de la Lengua Española, cuya obra principal es «La hispanidad en Filipinas», Madrid, 1961; Ben C. Unson, historiador y biógrafo como Jaime de Veyra, cuyas obras principales son «Rizal, periodista» (1962) y «Literatura dramática hispanofilipina» (1961); el novelista Antonio M. Abad, entre cuyas novelas sobresale «El secreto de la vida de Daniel Espeña» publicado en 1960; el biógrafo Teodoro M. Kalaw (1884-1940), autor de una biografía notable «Gregorio H. del Pilar» (Manila, 1930); Estanislao B. Alinea, autor de la «Historia analítica de la literatura hispanofilipina».

La hispanidad en Filipinas hoy día se mantiene viva y vigorosa por la Academia Filipina correspondiente de la Española de la Lengua, creada en 1923, que vela por la lengua española en el pueblo filipino, por la Fundación Zobel que desde 1922 otorga premios año tras año a las mejores obras hispanofilipinas, por la División de Español y Cultura del Ministerio de Educación Filipino, encabezada por la perínclita Dra. Belén Santos Argüelles, que se encarga de observar las leyes de español: Ley No. 343 o Ley Sotto que provee la enseñanza de español en las escuelas secundarias y Ley No. 709 o Ley Magalona que dicta la enseñanza de doce unidades o créditos de español en el colegiado, por la Sociedad Solidaridad Filipinohispana que mantiene una estimable Biblioteca en la calle de Isabel, Manila, cerca de la Universidad de Santo Tomás, dirigida por el prometedor literato Guillermo Gómez Rivera, por la Sociedad de Escritores Hispanofilipinos, inaugurada el 19 de agosto de 1955, por el diario *El Debate*, Manila, y los semanales nacionales *Ahora y Nueva Era* de Manila, dirigidos por el literato P. Joaquín Lim Jaramillo, por el Casino Español de Manila que funciona desde 1888 u 89 para propósitos sociales.